

ct

La hija de Woody Allen

de
Santiago Cortegoso

(fragmento)

PERSONAJES:

-La hija de Woody Allen.- Sobre treinta años. Se parece a su padre.

En la vida, el ochenta por ciento es presentarse (Woody Allen)

Escena 1.- La llegada

La hija de Woody Allen llega a la estación marítima vestida con su traje de viaje, cargada con una maleta, un bolso y una caja de regalo.

Que no, que no facturo. ¿Cómo voy a estar doce días sin maleta? Que no dejen que la llevéis. ¡Que no! Que ya la llevo yo. ¿Os creéis que soy tonta o qué? Igual os la dejen y no la vuelvo a ver. ¡Ladrones! ¿Tú has dejado que te llevaran la maleta? Pues muy mal. En cuanto te despistas sale un ladrón y te la roba. A mí ya me han robado de todo: el bolso, la bicicleta. Un día estaba sentada tan tranquila en un banco comiendo un cornete, vino un drogadicto y me lo robó. ¡Ladrones! Y nada de limpiarme el camarote. Ya lo limpio yo. ¿Queréis investigarme? Y no pienso probar la comida. Sabe Dios lo que dan de comer ahí dentro. Prefiero estar doce días sin comer. No soy capaz de hacer la digestión con un trasatlántico dentro. ¿Cuánto tiempo aguantó Aminatu Haydar sin comer? Seguro que se me descalcifica el hierro. Y la cartera también. Vaya precios, esto es un quita-quita; cobran por todo, hasta por vomitar. ¡Ladrones! Doce días despilfarrando. ¿Cómo se puede tardar doce días en llegar a Nueva York? Hay que estar enfermo para encerrarse doce días en un barco por diversión, aunque el barco se llame Poesía. ¡A quién se le ocurre llamarle a un barco Poesía! Si Homero levantase la cabeza... Como alguien tenga un virus lo pillamos todos, porque no lo vamos a tirar al océano. *(Se echa un repelente por el cuerpo)*. ¿Y dónde piensan guardar los residuos fecales de tanta gente? ¡No los tirarán al mar! Me da aprehensión pensar que los pobres pececitos se coman todo eso. A ver cómo aguanto doce días sin ir al baño. ¿Hay tiburones por donde vamos a pasar? ¿Y por qué hay que parar en las Bermudas? Por cierto, no iremos pasar por dentro del triángulo... Yo voy a Nueva York. ¿Qué se me ha perdido a mí en las Bermudas? ¿Cómo puede haber alguien que se meta en un barco que se llama Poesía para ir de vacaciones a las Bermudas? Ni Kafka habría llegado tan lejos. Yo no voy de crucero, ¿entendéis? No estoy de vacaciones. Yo estoy de transiciones. De transiciones. Yo no vengo aquí a hacer amigos, ni a ligar. Ni siquiera traigo vestido de noche. Traigo todos de día. Esto va a parecer el Arca de Noé: la mitad del viaje borrachos y la otra mitad echando comida prefabricada por la borda, alimentando tiburones. Conmigo no contéis: Yo voy a estar los doce días encerrada en mi camarote con el chaleco salvavidas puesto. Es mi castigo por no ir en avión... *(Se pone crema de protección solar)*. El avión no para en las Bermudas, aunque tampoco le hace falta para estrellarse contra un iceberg. Yo no viajo en avión. Bueno, ir en avión no es viajar. Es teletransportarse. Entrás aquí en una cápsula y sales en otra parte del espacio. O del tiempo. ¡Ladrones! ¿Cómo están las mareas? No he visto las isobaras... ¿Hay mar de fondo, oleaje, o fuerte marejada? Debería tomarme uno de esos caramelos fabulosos, pero no los he traído. O otra biodramina. Por biodraminas que no sea. *(Coge del bolso un paquete de medicamentos)*. Todavía me quedan cuatro o cinco del paquete de 24 que me compré por la mañana. ¡El ansiolítico! ¡La hora del ansiolítico! ¡Ladrones! ¿Habría farmacia en el Poesía? En doce días me van a caducar los medicamentos. Y la fruta que llevo para el camino. Es que yo tengo que comer una zanahoria todos los días a las cinco de la tarde porque tengo la melanina baja. También tengo las defensas bajas; y otras cosas altas, como la presión ocular. El glaucoma me ataca la retina sin parar. Pero la zanahoria es fundamental. Si hoy no tomo la zanahoria, me quedo sin pigmentación y mañana me levanto como una cebra. Y sólo tengo seis zanahorias para doce días. Voy a tener que cortarlas a la mitad. Ya me está entrando una crisis de oceanofobia. O de horizontefobia aguda. Yo, por mi metabolismo, tengo que comer unas quince veces al día, cada setenta minutos. *(Come unos*

frutos rojos que traía en el bolso). Si no me alimento bien, después soy un mono en Estados Unidos. Salgo de aquí mujer y llego chimpancé. ¿Quieres unas “bayas de Goji”?, son un antioxidante natural buenísimo. Yo, un día, dije: hoy no voy a comer; y al día siguiente me levanté obesa. Tengo que comprarme algo para la amigdalitis nada más llegar. ¿Y cómo se hace eso en inglés? “Good morning lady, good morning sir. Please, can you give me one box of...” Voy a ir a la farmacia en Nueva York y me voy quedar con la palabra en la boca. Y quedarse con la palabra en la boca en inglés debe ser terrible. (*Coge del bolso el diccionario de inglés*). Es que a mí el inglés nunca me ha entrado. Es como meter un zapato de dos números menos. ¿Tú hablas inglés? Yo... es que lo vomito. Vomito el inglés. No me entra en el cerebro. Hay un hemisferio que me funciona mal, como una silla con la pata rota. El osteópata me mandaba hacer un masaje cada día en esta parte de la cabeza para despertar el sentido del olfato, ahora huelo demasiado y me mareo, pero el hemisferio de los idiomas me quedó atrofiado. “Tonsilitis”. Pero a ver cómo se pronuncia, porque en el pockett Collins no viene cómo se pronuncia. ¿Por qué en el mundo se hablan tantos idiomas? Es un castigo de la humanidad. ¿Qué idioma se habla en el medio del mar? Somos una torre de Babel eterna por los siglos de los siglos y estamos condenados a no entendernos. A vivir aislados. (*Se pone colirio en los ojos*). La gente no se comunica. Tiene internet pero no se comunica. Mi amiga Chelo me cuenta todos los lunes en el Facebook, muy orgullosa, con quién ligó el sábado a las siete de la mañana en antros oscuros llenos de gente drogada y desesperada; necesita negar la soledad. Y habla cinco idiomas. No es por no entenderse con cualquiera: No se relaciona por apertura de mente. Yo estoy abierta... Yo siento respeto... incluso atracción por todas las culturas: los musulmanes, los chinos, los negros... A mí me interesa la expansión. No entiendo por qué nos sentimos superiores por adorar desde hace dos mil años a un melencólico crucificado en taparrabos y sin afeitar. A mí me interesa absorber. Hasta creí en la santería hace tiempo, durante unos meses pensaba de verdad que los santos iban a venir a por mí. Fue en la Universidad... un día me lié con un senegalés; le compré unos elefantes de la suerte, me enseñó unas palabras de uolof y nada... acabé tomando Colacao con un “negrito”. Ahora el Colacao lo tomo sólo por las noches, con galletas: necesito cenar fuerte para tener energía para soñar. Calcio, necesito calcio. (*Toma calcio*). Antes lo tomaba continuamente porque estaba sin “desarrollar”. De pequeña, mi madre me daba de comer filetes todo el día, carne churruscada... me quedaron mal los órganos de tanto colesterol. Es como si te dan alcohol de niña: no te “desarrollas”. Mi cuerpo se enfadó conmigo y no nos vamos a reconciliar hasta la muerte. Somos dos solitarios condenados a vivir juntos. Es que a mí me educaron fatal. (*Se pone el termómetro*). Debido a aquella alimentación nefasta, sufrí todas las enfermedades de manera aguda: anemia, fiebres reumáticas en grado tres: estuve tanto tiempo en la cama que tuve que aprender a caminar otra vez a los ocho años, la “mariposa” –tenía unas ronchas en la cara que parecía un mosaico japonés-, el sarampión, la rubeola, la baricela. Los médicos sospechaban que podía tener una enfermedad degenerativa. Ni de broma –les dije-, antes prefiero meterme monja, que también es degenerativo pero... Cuando tuve ictericia pensaba que era china. Me miraba al espejo y tenía un color así... camel... “caobita”... estaba tan amarilla que llegué a abrazar el budismo. Y muy bien, muy bien, estoy convencida de que en otra vida fui china. En cuanto llegue a Nueva York tengo que ir al barrio chino: Chinatown. (*Coge sus cosas y camina por Nueva York*). Pero seguro que allí hay de todo, porque están todos mezclados, babelizados: musulmanes, judíos, sunnitas, chiítas, vietnamitas. Igual pienso que voy a tomar algo y entro en una mezquita. En Nueva York hay mucha oferta de ocio, no es como Pontevedra. Y yo me desorienta enseguida, no entiendo los planos. Me mareo. Pinto dibujos bonitos, pero los planos no los consigo descifrar. A ver cómo encuentro a papá en medio de tantas calles llenas de gente tan diferente. A lo mejor es sudamericano y tiene rasgos mongoles. ¿Tú conoces a tu padre? Yo... el mío... no sé ni cómo es. Eso sí: tenía mucha puntería: se acostó una vez con mamá y mira... ¿Y si le caigo mal? A

lo mejor es un intelectual y el pockett Collins no me sirve para hablar con él. Por los libros que me lleva regalado parece un tipo listo. (*Saca del bolso el primer regalo de papá: un libro de Freud en inglés*). A lo mejor es travesti. No me extrañaría. Después de estar con mamá es normal escaparse de vuelta a Nueva York y hacerse gay. A mí no me importa. A lo mejor es un facha que está a favor de que los marines tiren bombas en Afganistán. Qué mala suerte que papá sea americano. A lo mejor es el típico gordo que se pasa el día en el sofá comiendo hamburguesas del McDonald's con la camiseta llena de sudor por los sobacos: "Niña, tráeme Ketchup", "Niña, tráeme otra CocaCola de dos litros", "Niña, ráscame la rodilla que no le llego". Yo veo un gordo y veo un montón de comida, de quilos de grasa, de chorizos navegando por tripas inflamadas, de colesterol, de leucocitos descontrolados, de enfermedades. Si comes mucho eres más comida que persona. Y yo no quiero hablar con comida, quiero hablar con personas. Yo quiero que papá sea una persona. Quiero que sea como Sean Penn, como Warren Beatty. Si tengo un padre con colesterol no me presento, doy media vuelta y me voy.